

---

## ACTO QUINTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Norzámpton.— Habitación en el Palacio.

Entrán el REY JUAN, PANDOLFO, con la corona  
y acompañamiento.

JUAN. Así, pues, la diadema de mi gloria  
Depuse en vuestras manos.

PAND. Recibidla  
Otra vez de mis manos, y aceptadla  
Cual si del Papa la grandeza vuestra  
Y soberana autoridad manase.

JUAN. Vuestra palabra cumpliréis ahora.  
Buscad á los franceses, y el prestigio  
Que os da Su Santidad haced que os sirva  
Para obtener que cesen en su avance  
Antes que el reino por completo arda.  
Las provincias armadas se rebelan;  
Obediencia mis súbditos rehusan,  
Jurándole lealtad y amor sincero  
A ajena sangre, á rey de tierra extraña;  
Inundación de humores irritados  
Que á vos tan sólo contener le toca.

Así, no os detengáis, porque doliente  
La época está, y es fuerza administrarle  
Al punto medicinas, ó de fijo  
Incurables trastornos se presentan.

PAND. Originó la tempestad mi aliento  
Por vuestra dura resistencia al Papa;  
Mas, supuesto que estáis ya convertido,  
Acallará mi voz á la tormenta,  
Y bonanza á este reino alborotado  
Concederá otra vez: en este día,  
Día de la Ascensión, no se os olvide,  
Pues que jurado habéis servir al Papa.  
Me separo de vos, y os aseguro  
Que depondrán las armas los franceses.

(Vase.)

JUAN. Pero ¿es hoy la Ascensión? ¿Ese profeta  
No dijo que daría la corona  
Antes de la Ascensión, al mediodía?  
Y así fué. Le entendí que por la fuerza;  
Pero, gracias á Dios, fué porque quise.

Entra el BASTARDO.

BAST. Rindióse todo Kent. Sólo el castillo  
De Dóver se sostiene. Como huésped  
Afectuoso, Londres agasaja  
Al Delfin y á su ejército. Los nobles,  
Sin oiros, se van, y sus servicios  
Al enemigo ofrecen. El espanto  
Va de acá para allá, llevando á rastra  
Al número escasisimo de amigos

Dudosos que ya os quedan.

JUAN.

¿No quisieron

Volver los nobles al saber que Arturo  
Estaba vivo?

BAST.

Muerto lo encontraron

Y abandonado en medio del arroyo,  
Caja vacía, de la cual la joya  
Sustraño de la vida infame mano.

JUAN.

Me dijo el vil Huberto que vivía.

BAST.

Pues él estaba en eso, yo os lo juro.

Mas ¿por qué os abatís? ¿Por qué tan triste?  
Sed, como en intenciones, grande en actos.

En los ojos de un rey no debe el mundo  
Desconfianza contemplar ni miedo.

De los sucesos caminad al paso.

Fuego ante el fuego sed. Con amenazas

Al que amenaza contestad. Tranquilo,

De la fanfarronada intimidante

Los ojos humillad; de esa manera,

Subordinados, que á los grandes copian,

Grandeza alcanzarán con vuestro ejemplo,

Y animará á su espíritu el coraje.

¡Sus! Cual dios de la guerra refulgente

Cuando recorre el campo de batalla,

Confianza mostrad y atrevimiento.

¡Qué! ¿Permitir que en su caverna busquen

Y al león allí espanten? ¿Que allí tiemble?

No se diga jamás. Salid al campo.

Buscad la insurrección fuera de casa,

Y antes que cerca esté, luchad con ella.

JUAN.

El Legado del Papa habló conmigo

Y convinimos en propicias paces,

Y licenciar las tropas que conduce

El Delfin prometió.

BAST.

Pacto afrentoso.

¿Nosotros ofrecer desde esta tierra  
Pacíficos arreglos, compromisos,  
Insinuaciones, treguas miserables?  
¿Parlamentos con tropas invasoras?  
¿Va un imberbe rapaz afeminado,  
Mimado y en el lujo adormecido,  
Al campo á provocarnos? ¿Por ventura  
Vigorizar su espíritu pretende  
En esta tierra bélica? ¿Su enseña  
Vanamente burlándose del aire  
Flotará sin que nadie se le oponga?  
¡A las armas, señor! Quizá no logre  
El Cardenal restablecer las paces;  
Y si lo logra, que se diga al menos  
Que á la defensa pronto nos hallaron.

JUAN.

Tú manda en las presentes circunstancias.

BAST.

¡Adelante y valor! Si es necesario,  
Luchar podemos con mayor contrario.

(Vanse.)

## ESCENA II.

Cercanías de San Edmundsburia.—El campamento francés.

Entran armados LUIS, SALISBURIA, MELÚN,  
PEMBROQUIA, BIGOT y SOLDADOS.

LUIS.

Señor Conde Melún, que esto se copie,  
Y para remembranza se conserve,  
Y el documento original devuelto

A estos señores sea; pues escrito  
 Nuestro convenio, ellos y nosotros,  
 Leyendo sus artículos, sepamos  
 A qué nos liga el juramento nuestro  
 Y mantengamos nuestra fe inviolable.

SALISB. Por nosotros jamás será violada.  
 Pero, noble Delfin, aunque juramos  
 Espontánea amistad, fe no pedida  
 A vuestra causa, Príncipe, no obstante,  
 Creedme, no celebro que requieran  
 Las llagas de estos tiempos el emplasto  
 De indigna sedición, ni que remedie  
 Úlcera inveterada nueva herida.  
 Me duele el alma manejar el hierro  
 Para aumentar viudas, donde ¡ah! siempre  
 De Salisburia se pidió en el nombre  
 Todo rescate ó protección honrosa.  
 Mas es tal de estos tiempos la dolencia,  
 Que hay que medicinar porque recobre  
 Salud nuestro derecho, con la mano  
 De la adusta injusticia y del desastre.  
 Y ¡lástima no es, amigos míos,  
 Que nosotros, los hijos de esta isla,  
 Para ver hora tal nacido hayamos,  
 Y que al poner el pie sobre su seno,  
 A la zaga marchando de enemigos,  
 El número aumentamos de adversarios—  
 Forzoso es que me retire y llore  
 Al ver que tal impulso me espolea—  
 A nobles respetar de tierra extraña  
 Y estandartes seguir desconocidos?  
 ¿Cómo? ¿Aquí? Si alejarte consiguieras,  
 ¡Oh nación; si los brazos de Neptuno,

Que sujeta te tienen, te llevaran  
Adonde te olvidarás de ti misma,  
Y en paganas orillas te dejasen!  
¡Oh si estos dos ejércitos cristianos,  
En una arteria de cariño mutuo  
Unir lograran su irritada sangre,  
Y no verterla en fratricida lucha!

Luis. Lo que decís demuestra vuestro temple,  
Pues los fuertes impulsos que luchando  
Están en vuestro pecho, para el noble  
Un terremoto son. ¡Oh, qué batalla  
Tan digna habéis ganado! De una parte  
Os llamaba el deber, de otra el respeto.  
Dejad que enjague el límpido rocío  
Que, cual plata, recorre vuestro rostro.  
Mi corazón, de una mujer al llanto,  
Inundación vulgar, se ha enternecido;  
Mas tan viriles gotas, esta lluvia  
Que promovió la tempestad del alma,  
Espanto es de mis ojos, y me asombra  
Más que si ardientes meteoros viera  
Enmascarar la bóveda del cielo.  
Alzad la frente, insigne Salisburia;  
Dispersad animoso esa borrasca;  
Dad el llanto á esos ojos infantiles  
Que nunca al mundo gigantesco hallaron  
Enfurecido, y en festines solo  
La suerte han visto, ardiéndoles la sangre,  
Y repletos de bromas y alegría.  
Venid, venid; meted la mano vuestra  
De la prosperidad en el bolsillo  
Del mismo modo que Luis. Vosotros,  
De igual manera, oh nobles, que ligadas

A mis fuerzas tenéis las fibras vuestras.  
 Y ahora por mí quizás hablará un ángel,  
 Pues á este sitio apresurado llega  
 El santo Nuncio, que á traernos viene  
 De la celeste mano garantías,  
 Y á fijar con palabra sacrosanta  
 El nombre del derecho en nuestros actos.

Entran PANDOLFO y acompañamiento.

PAND. Salve, noble Delfín. Deciros debo  
 Que el rey Juan sometido se halla á Roma,  
 Humillado el espíritu que quiso  
 Ponerse enfrente de la santa Iglesia,  
 De la inmensa metrópoli del mundo,  
 De la Romana Sede. Por lo tanto,  
 Esos provocadores estandartes  
 Replegad, y el espíritu violento  
 De la guerra feroz descanse ahora,  
 Como león que fué criado á mano,  
 De la paz á los pies humildemente:  
 Tremebundo, no más que en la apariencia.

LUIS. Perdonadme, señor, pero no cejo.  
 Harto noble soy yo para que nadie  
 Me estime propiedad: para que sirva  
 De subalterno yo: para que sea  
 Servidor officioso, ni instrumento  
 De ningún soberano de este mundo.  
 Vuestro hálito fué quien los rescoldos  
 Reanimó de la lucha que emprendimos  
 Yo propio y este reino trabajado;  
 Y alimento aportasteis al incendio,  
 Tan grande ya, que sofocar no puede

El débil soplo que encenderlo pudo.  
 A conocer la faz de mi derecho  
 Vos me habéis dirigido, é indicado  
 Que título á este reino poseía.  
 Es más, á encariñarme me indujisteis  
 Con esta empresa, y me venis ahora  
 Con que Juan ya pactó con Roma paces.  
 ¿Qué me importan á mí las paces esas?  
 De mi lecho nupcial yo por la gracia,  
 Arturo fallecido, como mía  
 Esta tierra reclamo; y por ventura  
 ¿He de cejar, ya medio conquistada,  
 Porque ha pactado Juan paces con Roma?  
 ¿De Roma esclavo soy? ¿Cuánto dinero  
 Roma gastó? ¿Qué gentes ha aportado,  
 Qué municiones para el acto este?  
 ¿Y no soy yo quien todo lo costea?  
 ¿Quién, sino yo, y á más mis auxiliares,  
 En esta empresa sudan y contienden?  
 ¿Y no escucho gritar á estos isleños  
 «Vive le Roi» si llego á sus ciudades?  
 ¿No tengo buenas cartas en la mano  
 Que ganar me permiten fácilmente  
 Juego en que se atraviesa una corona?  
 ¿Y abandonar lo ya ganado debo?  
 ¿No se dirá jamás, por vida mía!  
 PAND. De esta cuestión lo externo veis tan sólo.  
 LUIS. O lo externo ó lo interno; mas no amaino  
 Hasta no conseguir toda la gloria  
 Con que halagaron la esperanza mía,  
 Antes de que este ejército formara  
 Tan animoso, y que reunido hubiera  
 Los más fieros espíritus del mundo

Para triunfar y conseguir renombre  
Del peligro y la muerte entre las fauces.

(Suena un clarín.)

Mas ¿qué clarín con tal vigor nos llama?

Entra el BASTARDO y acompañamiento.

- BAST. Conforme á nobles usos de este mundo,  
Audiencia concededme; á hablaros vengo.  
Monseñor de Milán, el Rey me ordena  
Averiguar lo que por él hicisteis;  
Y, según respondáis, así me toca  
Mis actos limitar y mis palabras.
- PAND. El Delfin, harto terco, se resiste  
A contemporizar con mi dictamen,  
Y contesta negándose del modo  
Más terminante á deponer las armas.
- BAST. ¡Voto á la sangre que al coraje anima!  
El mozo dice bien. Oid ahora  
Al Soberano inglés, quien por mí os habla.  
Preparado se encuentra, y con motivo.  
Esta invasión ridícula de monos,  
Guerrera mascarada, necia orgía,  
Audacia imberbe, multitud de niños,  
Provocan su sonrisa, y se apercibe  
A arrojar desde luego á latigazos  
Del ámbito total del territorio  
A este ejército enano y sus pigmeos.  
La mano misma que la fuerza tuvo  
Para daros la soba en vuestra casa,  
Que os obligó á escapar por el postigo,  
Que os hizo zambullir como cubetas

En escondidos pozos, y en establos  
 Bajo la paja inmunda guareceros,  
 Permanecer cual prendas pignoradas  
 En cofres y baúles bajo llave,  
 Ya rozaros con cerdos, y en prisiones  
 Y en sótanos buscar dulce refugio,  
 Temblando, trepidando si cantaba  
 El gallo vuestro nacional, creyendo  
 Que era la voz de algún Inglés armado;  
 La mano victoriosa que os impuso  
 Castigo en vuestro hogar, ¿será aquí débil?  
 No. Ya el Monarca intrépido se apresta:  
 Cual águila caudal sobre su nido  
 Se cierne preparado á abalanzarse  
 Sobre quien venga á perturbar su cría.  
 Y vosotros, ingratos insurrectos,  
 Degenerados, bárbaros Neronos,  
 Que de Inglaterra, vuestra dulce madre,  
 Las entrañas partís, avergonzaos,  
 Pues vuestras propias damas, las doncellas  
 De delicada faz, cual amazonas  
 Bailando van tras los tambores nuestros.  
 Convierten en manoplas sus dedales,  
 Sus agujas en lanzas, y en instintos  
 Feroces y sangrientos se transforma  
 De sus almas la ingénita dulzura.

LUIS.

Cesen esas bravatas, y tranquilo  
 Retiraos de aquí. Más que nosotros  
 Sabéis, sin duda, amontonar insultos.  
 Id con Dios. Vocinglero semejante  
 No ha de gastar nuestro precioso tiempo.

PAND.

Dejadme hablar á mí.

BAST.

No, permitidme.

- LUIS. Ni á uno ni á otro escucharé. Que batan  
Los tambores. La lengua de la guerra  
Por mi interés y estancia aquí que abogue.
- BAST. Vuestros tambores clamarán, batidos,  
Como batidos clamaréis vosotros.  
Que se despierte un eco tan siquiera  
Con el ruido de un tambor, y otro  
Preparado se halla que tan recio  
Le sabrá responder. Si otro sonare,  
Con igual fuerza otro la celeste  
Bóveda aturdirá, la voz profunda  
Del trueno escarneciendo, que á la mano  
(Pues desconfía de este débil Nuncio,  
Cuyos servicios aceptara en broma,  
No porque de él necesidad tuviese)  
Está el bélico Juan. Su frente ostenta  
De la muerte la imagen, cuyo oficio  
Es hoy pastar millares de franceses.
- LUIS. Batid, tambores, y á su encuentro vamos.
- BAST. En que los hallaréis, Delfín, fiamos.

## ESCENA III.

Un campo de batalla.

(Clarines.)

Entran el REY JUAN y HUBERTO.

- JUAN. ¿Cómo va la jornada? Huberto, dime.
- HUB. Temo que mal. ¿Cómo os sentís, Alteza?
- JUAN. La fiebre que me invade há tanto tiempo,  
Me postra. ¡Ay Dios, mi corazón cuál sufre!

Entra un MENSAJERO.

- MENS. Vuestro valiente deudo Falconbrigia,  
Señor, desea que dejéis el campo,  
Y adónde vais que yo le comunique.
- JUAN. Dí que de Swinstead voy á la abadía.
- MENS. Animaos, señor, que los refuerzos  
Que esperaba el Delfín, en las arenas  
De Goodwin naufragaron há tres noches.  
Esta noticia recibió Ricardo  
Hace poco. Pelean los franceses  
Ahora con desaliento, y se retiran.
- JUAN. Esta tirana fiebre me consume.  
¡Triste de mí! Ni festejar me deja  
Nuevas tan gratas. Hacia Swinstead, pronto;  
Llevadme á mi litera de seguida.  
Desfallezco. Me falta ya la vida.

(Vanse.)

#### ESCENA IV.

Otro sitio del campo de batalla.

Entran SALISBURIA, PEMBROQUIA y BIGOT.

- SALISB. No le contaba al Rey tantos amigos.
- PEMB. ¡Á la carga otra vez! Á los franceses  
Nuestro aliento infundamos. Si fracasan,  
Nosotros á la vez fracasaremos.
- SALISB. Ese Luzbel bastardo Falconbrigia  
Lleva á despecho nuestro el peso todo

De la lucha. El rey Juan, según se dice,  
Enfermo de cuidado el campo deja.

Entra MELÚN herido, llevado por soldados.

MELÚN. Adonde están aquellos sediciosos  
Ingleses conducidme.

SALISB. Nos nombraban  
De otra manera en más felices tiempos.

PEMB. ¡El Conde de Melún!

SALISB. ¡De muerte herido!

MELÚN. Nobles ingleses, escapad, que os venden.  
El hilo de violenta rebeldía  
Desensartad. La bienvenida dando  
A descartada fe, y, arrepentidos,  
En busca del rey Juan id, y de hinojós  
Ante sus pies caed. Si la victoria  
Es del francés en este recio día,  
Piensa recompensar vuestros afanes  
Cortándoos la cabeza. Lo ha jurado,  
Y yo con él, y muchos más conmigo,  
Delante del altar de San Edmundo:  
Delante del altar en que os juraron  
Firme amistad, cariño sempiterno.

SALISB. ¿Pero acaso es verdad? ¿Será posible?

MELÚN. ¿No tengo yo ante mí la odiosa muerte?  
Sólo un resto me queda ya de vida,  
Que lenta se me va, cual se disuelven  
Ante el calor imágenes de cera.  
Nada á engaño me induce en este mundo,  
Pues de nada el engaño ya me sirve.  
¿Para qué, pues, ser falso, cuando es cierto  
Que me voy á morir, y en adelante

Vivir con la verdad me corresponde?  
Os lo repito. Si Luis hoy triunfa,  
Falta á su juramento, si esos ojos  
Tornan á ver en el oriente el alba.  
En esta noche misma, cuyo negro  
Hálito ponzoñoso ya sombrea  
La vieja frente enardecida y débil  
Del sol tras su camino fatigoso,  
En esta noche vuestro aliento cesa,  
Y de vuestra traición pagáis la multa  
Con la multa, á traición, de vuestras vidas  
Si triunfase Luis con vuestro auxilio.  
A un tal Huberto, que las huellas sigue  
De vuestro Rey, daréis memorias mías.  
Su amistad, y también la circunstancia  
De ser inglés mi abuelo, despertaron  
A mi conciencia á confesarlo todo.  
De esto en pago, de aquí sacadme os ruego,  
Del trajín apartándome y rüido  
Del campo de batalla, porque logre  
Reconcentrar en paz mis pensamientos,  
Y mi cuerpo y mi alma se separen  
En la contemplación y anhelos píos.

SALISB. Os creemos, y pierda yo mi alma  
Si no acepto cual buena y conveniente  
La feliz ocasión que nos permite  
Hoy desandar nuestra maldita fuga;  
Y como río que decrece y cede,  
Este orgulloso curso abandonando,  
En el antiguo despreciado cauce,  
Humildes ya, serenos y obedientes,  
Corramos á buscar nuestro oceano:  
Nuestro excelso rey Juan. El brazo mío

Para salir de aquí de apoyo os sirva,  
Que de la muerte la cruel tortura  
Claramente contemplo en vuestros ojos.  
Vámonos, pues, amigos. Fuga nueva  
A la anterior fidelidad nos lleva.

## ESCENA V.

El campamento francés.

Entra LUIS y acompañamiento.

LUIS. El sol de trasponer se me figura  
Voluntad no tenía. Detenido,  
Al cielo de Occidente sonrojaba  
Cuando median su terreno propio,  
Débiles, reculando los ingleses.  
Bien acabó por nuestra parte el día  
Cuando les dimos, tras sangrienta lucha,  
Las buenas noches con descarga inútil,  
Envolviendo á la par nuestras enseñas  
Sin mancha, aunque en jirones, en el campo  
Los postreros y de él los dueños casi.

Entra un MENSAJERO.

MENS. ¿Dónde el Delfin, mi Príncipe, se halla?

LUIS. Aquí está. ¿Qué noticias?

MENS. Han matado  
Al Conde de Melún, que ha persuadido  
A desertar á los ingleses nobles;  
Y los refuerzos que esperáis ansioso

- Tan largo tiempo hace, naufragaron  
Y en las arenas de Goodwin se hundieron.
- LUIS. ¡Infames, perversísimas noticias!  
¡Cargue contigo el diablo! No pensaba  
Que esta noche pudiera estar tan triste.  
¿Quién dijo que el rey Juan, una ó dos horas  
Antes que las tinieblas de la noche  
Separase á las tropas fatigadas,  
Del campo se evadiera?
- MENS. Quien lo dijo
- LUIS. Dijo verdad, señor. Bien. A acamparnos.  
Y vigilad atentos esta noche.  
Yo me he de levantar antes que el día  
Y tentaré mañana á la fortuna.

(Vanse)

## ESCENA VI.

Cercanías de la abadía de Swinstead.

Entran por distintos lados el BASTARDO y HUBERTO.

- HUB. ¿Quién va? Responda pronto, ó le disparo.
- BAST. Amigo soy. ¿Quién eres tú?
- HUB. De parte  
Del inglés.
- BAST. ¿Dónde vas?
- HUB. ¿Qué se os importa?
- BAST. Cual sobre mis asuntos me preguntas,  
¿No puedo preguntar sobre los tuyos?

Huberto me pareces.

HUB. Pareceres

Atinados tenéis. A todo trance  
Creeré que sois mi amigo conociendo  
Tan bien mi voz. ¿Quién sois?

BAST. Quien se te antoje.

Pero supón, si mi amistad deseas,  
Que desciendo, á lo menos por un lado,  
De un Plantágenet.

HUB. ¡Pícara memoria!

Vos y la ciega noche me avergüenzan,  
Bravo soldado. Perdonad que frase  
Que vuestra lengua pronunciado hubiere  
No la reconocieran mis oídos.

BAST. Bien, bien. «Sans compliment» di lo que pasa.

HUB. Pues el obscuro rostro de la noche  
Afronto solamente para hallaros.

BAST. Breve sé, pues, y dime tus noticias.

HUB. ¡Oh, querido señor! Son adecuadas  
A la noche; sombrías, espantosas,  
Y desconsoladoras y terribles.

BAST. La llaga misma contemplar deseo  
De tus malas noticias. No soy hembra,  
Ni me he de desmayar al contemplarla.

HUB. Al Rey me temo ha envenenado un monje.  
Sin habla al Rey dejé, y á veros vine  
A daros la noticia dolorosa

A fin de que estuvierais preparado  
Mejor que si de pronto os lo dijeran.

BAST. Di como fué. ¿Quién era su copero?

HUB. Un monje, como digo; un vil infame,  
Cuyas entrañas pronto reventaron.

BAST. ¿Quién á Su Majestad cuidando queda?

HUB. ¿Acaso no sabéis que ya los nobles  
Están de vuelta todos, que han venido  
Con el príncipe Enrique, á cuyos ruegos  
El Rey los perdonara? Rodeado  
De ellos está Su Majestad ahora.

BAST. ¡Contén tu indignación, cielo potente,  
Y no me impongas imposibles pruebas!  
Oye, Huberto. Pasando las marismas  
La mitad de mis tropas esta noche,  
Por la creciente sorprendidas fueron,  
Y las playas de Lincoln las tragaron.  
A mi caballo, si escapé, se debe.  
Vamos á ver al Rey. Tú por delante;  
Antes que llegue yo temo que muera.

(Vanse.)

## ESCENA VII.

La huerta de la abadía de Swinstead.

Entra el príncipe ENRIQUE, SALISBURIA y BIGOT.

ENR. Es harto tarde ya. Su viva sangre  
Se ha corrompido, y el cerebro puro,  
Que algunos juzgan el hogar del alma,  
Fraguando comentarios incoherentes  
De su existencia el término barrunta.

Entra PEMBROQUIA.

PEMB. Su Alteza aun tiene voz, y se imagina  
Que saliendo á tomar el aire libre

Pudiera mitigarse la ardienta  
Del terrible veneno que lo invade.

ENR. Haced qua lo conduzcan á este huerto.

(Vase Bigot.)

¿Desvaría?

PEMB. Se encuentra más tranquilo  
Que al marcharos, señor. Cantó hace poco.

ENR. ¡Oh vanidad de las dolencias! Basta  
Que persistan agudos sufrimientos  
Para dejarse de sentir. Devora  
De nuestro cuerpo lo exterior la muerte,  
Dejándolo insensible, y se apodera  
De la mente después, que hiere y punza  
Con legiones sin fin de fantasías,  
Que atropelladamente arremetiendo  
Al último reducto, se confunden.  
Es cosa extraña que la muerte cante.  
Cría soy yo del cisne moribundo  
Que lúgubre canción muriendo entona.  
De la humana flaqueza la laringe  
Cantándole á su alma y á su cuerpo  
Los acompaña á su eternal morada.

SALISB. Animo recobrad, que habéis nacido  
Para dar forma, Príncipe, á este caos  
Que os dejan tan grosero y tan informe.

Vuelve á entrar BIGOT con acompañamiento, trayendo al rey  
JUAN en su silla.

JUAN. Ahora sí que mi alma tiene espacio:  
Ni por ventana ni por puerta alguna  
Salir podía. Dentro de mi pecho

Hay verano tan cálido, que en polvo  
 Se van desmoronando mis entrañas.  
 Una rúbrica soy que en pergamino  
 Ha trazado la pluma, y este fuego  
 Contrayéndome va.

ENR. ¿Cómo os halláis?

JUAN. Envenenado; mal, muerto, perdido;  
 Abandonado, y ni uno de vosotros  
 Le pedirá al invierno que introduzca  
 Sus dedos congelados en mis fauces;  
 Ni exigirá á los ríos de mi reino  
 Que por mi pecho enardecido corran,  
 Ni al Norte le dirá que al cierzo envíe  
 Para besar mis labios desecados,  
 A fin de consolarme con su frío.  
 No os pido mucho yo. Frialdad tan sólo.  
 Mas tan ingratos sois, tan cicateros,  
 Que hasta eso me negáis.

ENR. ¡Que no tuvieran

JUAN. Mis lágrimas virtud para aliviaros!  
 Quema la sal que tienen. Un infierno  
 Tengo dentro de mí, donde metido  
 Un diablo está que, ahí preso, da tortura  
 A una sangre maldita sin recurso.

Entra el BASTARDO.

BAST. Ardiendo estoy tras mi violenta marcha  
 Y ansioso afán de ver á Vuestra Alteza.

JUAN. Sobrino, vienes á cerrar mis ojos.  
 Roto y quemado se halla el aparejo  
 Ya de mi corazón. Toda la jarcia  
 Con que mi vida navegar debiera

De un hilo, de un cabello sólo pende.  
 Sólo una fibra al corazón amarra,  
 Y hasta que tus noticias comuniqués  
 Resistirá no más. Será al instante,  
 Lo que estás viendo aquí, montón de barro,  
 De arruinada realeza vana imagen.

BAST. A esté sitio el Delfín venir intenta,  
 Donde saben los cielos de qué modo  
 Lo hemos de recibir. En esta noche  
 Lo mejor de mis tropas, que en momento  
 Oportuno ordené se retirasen,  
 Fueron en las marismas á deshora  
 Por la fatal creciente devoradas.

(El rey Juan muere.)

SALISB. Estas nuevas de muerte en los oídos  
 Exhaláis de un difunto. ¡Soberano!  
 ¡Señor! Há poco rey: ya sólo esto.

ENR. Así he de caminar, y así pararme.  
 ¿Cuál es la garantía, la esperanza,  
 La base de este mundo? Polvo vano  
 Es ya lo que era há poco un soberano.

BAST. ¿Os fuisteis ya? Para ejercer tan sólo  
 De vuestro vengador atrás me quedo,  
 Y os servirá después el alma mía  
 En el cielo lo mismo que en la tierra.  
 Y vosotras, estrellas que girando  
 Estáis en vuestras órbitas prescritas,  
 ¿Dónde vuestro poder? — Mostrad ahora  
 Corregida lealtad, y prontamente  
 Tornaos á mí. Pongamos á las puertas  
 Débiles de esta tierra desmayada  
 Su vergüenza eternal y su rüina.

- Al instante á atacarlos, ó atacados  
Al instante seremos. Furibundo  
El Delfin, ya nos pisa los talones.
- SALISB. Se ve que no sabéis lo que sabemos.  
El cardenal Pandolfo descansando  
Adentro está. Llegó habrá media hora.  
De parte del Delfin proposiciones  
Tales hace de paz, que bien podemos  
Con provecho admitir y noblemente,  
Pues piensa abandonar luego la lucha.
- BAST. Más pronto lo ha de hacer cuando nos vea  
A la defensa con unión dispuestos.
- SALISB. En verdad es asunto concluído.  
Ya envió muchos carros á la costa,  
Y su causa y querella entre las manos  
Deja del Cardenal, con quien vos mismo  
Y yo, con otros nobles, esta tarde  
Desde luego podemos, si os parece,  
Un término feliz dar al asunto.
- BAST. Así sea. Señor, príncipe excelso,  
Vos y los nobles que excusarse puedan  
Del entierro cuidad de vuestro padre.
- ENR. En Wórcester su cuerpo sepultura  
Debe tener. Su voluntad fué ésa.
- BAST. Será así, pues. Y vos, señor querido,  
Con toda dicha recibid la herencia  
Directa de este reino y de su gloria;  
Y humilde yo, doblando la rodilla,  
Mi lealtad os ofrezco y mis servicios  
Y verdadera sumisión por siempre.
- SALISB. Y nosotros también os ofrecemos  
Cariño que veréis brillar sin tacha.
- ENR. Gracias os diera el alma conmovida;

Mas con lágrimas sólo sabe hacerlo.  
BAST. A los sucesos el dolor preciso  
Pagaremos no más, pues nuestras penas  
Ya por adelantado le pagaron.  
Jamás esta Inglaterra se postrara,  
Y ni es posible que jamás se postre  
Sino ayudando á hacer su propia herida.  
Ya que estos nobles á su hogar tornaron,  
Los tres rincones de la tierra pueden  
Contra nosotros presentarse unidos,  
Que á su empuje sabremos oponernos,  
Pues que temer nada Inglaterra tiene  
Si leal á sí misma se mantiene.

---